

La Memoria del Alma

A esos poetas de la Hoz

La soledad existe –me decía de la Rica-,
pero yace olvidada en aquel arcón de mi azotea.
Y el alma ¿dónde yace? Todavía es posible
evadirse del tiempo o tal vez,
el tiempo te ha raptado sin remedio.

Tengo miedo al silencio, me abrumba su cadencia;
y me hecho mayor sin darme cuenta; ya no hay remedio.
Se ha quebrado la memoria y se ha roto el alma,
por eso tiene sed el paisaje –decía Osorio-,
y ya sólo nos queda el dolor como retrato lejano.

Y ¿quien retiene el tiempo? –decía Amable Cuenca-;
me siento torpe en mi final y es, ahora, cuando puedo soñar,
recitar, reír y cantar, pensando en voz alta:
¿por qué tantos poetas clamaron a Cuenca y
por qué ahora –digo yo-, abro la espita de mi memoria?

Bajan nubes negras a recoger el cuerpo
mientras humean chabolas de mal augurio; no hay remedio.
Podrán ser olvidados por su camino, por ser humano,
y ni siquiera el tiempo podrá olvidarlo, quedó su palabra
mecida al viento, recreando las olas de su incensario.

Se desnudaba el ángel de aquel triforio cuando la luz estalla.
No bastaban las gárgolas de aquel bestiario –decía Acacia-;
mientras la noche ciabogaba para sentir el peso de la miseria
y entre cada paso, miraba el verso en su hechura
cuando la sombra rasgaba el cenáculo catedralicio.

Quién sabe si al principio o al fin, es cuando comienza.
Nunca muere el poeta, quedó su alma en tu memoria.